

ESTUDIO DE MUJER

— o —
DEDICADO AL MARQUÉS JEAN-CHARLES DI NEGRO

Es la marquesa de Listomere una de las jóvenes educadas con el espíritu propio de la Restauración. Habla de los principios de clase, come de *vigilia*, comulga y va muy emperifollada al baile, á los Bufos, á la Opera, pues su director espiritual le permite hermanar lo sagrado con lo profano. Siempre correcta en sus costumbres por lo que atañe á la Iglesia como por lo que toca á la sociedad, ofrece la imagen más viva de la época contemporánea, que parece haber adoptado la voz *Legalidad* por lema. La conducta de la dama está tan á prueba de devociones, que puede muy bien acercarse, conducida por una nueva Maintenon, á las prácticas sombríamente piadosas que se notaron en las postrimerías de Luis XIV, y tan identificada con lo mundano, que de igual manera se adaptaría á la vida galante que privó en los primeros días del reinado en cuestión, si volviesen. En el momento en que la presentamos es virtuosa por egoísmo, ó quién sabe si por gusto de parecer tal. Casada desde hace siete años con el marqués de Listomere, uno de los tantos diputados que confían en calzarse la dignidad de par, es posible que crea la señora ser útil, obrando así, á las mira-

BIBLIOTECA ALFONSO X
UNIVERSITARIA

ambiciosas de la familia. Esperan muchas mujeres para juzgarla á que se nombre al señor de Listomere par de Francia, y á que alcance los treinta y seis años de la vida en que, por regla general, se fijan las mujeres que están desengañadas de las exigencias y tiranías sociales. Al marqués se le puede considerar hombre insignificante, vulgar: está bien querido en la Corte y sus cualidades son tan negativas como sus defectos; ni aquéllas pueden darle fama de virtuoso, ni los últimos la especie de brillo que reflejan los vicios sobre una persona. En la Cámara no habla nunca, pero en cambio *vota bien*; en su hogar le ocurre lo mismo, y así logra pasar por el mejor marido de Francia. Cierto es que no se le ve nunca exaltado, pero tampoco riñe ni refunfuña jamás, á menos que se le obligue á impacientarse con largas esperas. Sus amigos le han puesto por mote *tiempo encapotado*. Y es, en efecto, notable el que no haya en su casa ni demasiada luz ni obscuridad completa. Se parece á todos los ministerios que se han sucedido en esta nación desde la *Carta* á nuestros días. Para una mujer escrupulosa era difícil dar en mejores manos. ¿Qué más puede pedir la que se halla en tales condiciones que haberse casado con hombre incapaz de cometer torpezas? Ha habido petimetres que, bailando con la marquesa, se han propasado á estrechar suavemente sus dedos, y lo que han hecho con su impertinente osadía es atraerse las miradas del desprecio más soberano, sufriendo todos la indiferencia insultante que, como ocurre con el hielo en primavera, destruye las risueñas esperanzas en flor. Los guapos, los talentosos, los fatuos, los sentimentales que se alimentan chupando sus bastones, los que alcanzan celebridad ó alto renombre, las gentes de elevada ó mediana categoría, todo el mundo palidece junto á ella. Ha conquistado el derecho de hablar largo y tendido y tan frecuentemente como se le antoja con los hombres que á su juicio sobresalen por su ingenio, sin recibir los tiros de la murmuración. No faltarían coquetas que se sometiesen á este plan durante siete años con objeto de satisfacer más tarde libremente sus caprichos; pero suponer que obraba con segunda intención la mar-

quesa de Listomere sería calumniarla. Tuve yo la dicha de conocer é este fénix de damas linajudas: tiene conversación y conversación amena; yo sé escuchar, la he complacido y asisto á sus reuniones. No ambicionaba más. Ni fea ni linda, la señora de Listomere posee unos dientes blanquísimos, tez brillante y unos labios muy rojos; es alta y bien formada; tiene el pie pequeño y delicado y no lo saca por ostentación; lejos de estar apagados sus ojos, como los más de los ojos parisienses, relucen suavemente, y la mirada cobra no sé qué magia á poco que ella se anime. Adivínase un alma á través de aquella forma vaporosa. Si le interesa el palique, despliega tal gracejo, contenido por las precauciones de una actitud que se empeña en parecer fría, que resulta entonces encantadora. No busca el triunfo, y, no obstante, lo obtiene á cada paso. Verdad es que se encuentra siempre lo que no se busca, y adviértase que esta frase es para todos los momentos de la vida tan exacta, que bien merece los honores de convertirse en refrán. Tal será la moraleja de la aventura que contaré y que no me atrevería á narrar si no corriese ahora de boca en boca por todos los salones de París.

No hace todavía un mes que la marquesa ha bailado con un joven tan modesto como aturdido, á quien adornan grandes cualidades y que no descubre más que los defectos; es apasionado y enamorado, y á pesar de ello se burla de las pasiones humanas; tiene talento y no hace ostentación de lo que sabe; presume de docto entre los aristócratas, y se complace en parecer aristócrata entre los sabios. Eugenio de Rastignac es uno de esos hombres sensatos que lo prueban todo y que estudian á los que tienen á su alrededor con ánimos de escrutar lo porvenir. Esperando pacientemente la edad en que la ambición da su fruto, se burla de todo; es gracioso y original, dos cualidades que raramente posee una misma persona, porque son antipáticas. Ha conversado, sin proponerse ganar la voluntad de su ilustre interlocutora, durante treinta minutos con la marquesa de Listomere. Y es lo bueno que tomando á juego y como solaz del ingenio un palique que comenzó hablando de la ópera *Guillermo Tell*,

BIBLIOTECA ALEJANDRINA
FUNDADA POR INTERMEDIARIA

y se formalizó discutiendo los deberes de las mujeres, había dirigido á la dama miradas que la turbaron después la dejó ceremoniosamente y no le habló más en toda la noche; bailó, jugó al *ecarté*, perdió, y se fue á acostar. Tengo la satisfacción de afirmar que todo sucedió como lo digo: no pongo ni quito coma.

Rastignac se despertó á la mañana siguiente muy tarde, y continuó en la cama soñando con los ojos muy abiertos, entregándose á una de esas imaginaciones que embargan el espíritu juvenil y durante las cuales se desliza como un silfo entre las cortinas de seda, de cachemira, de algodón. Ocurre entonces que cuanto más pesado se halla el cuerpo, más ágil y vivo parece el alma. Añadamos que Rastignac se levanta sin bostezar ni desperezarse demasiado como hacen tanta gente mal educada, llamó á su criado, hizo que le preparasen el té, cargando hasta la exageración la dosis, cosa que no parecerá inverosímil á los que gustan de esta planta aromática; pero para que no quede duda á los que sólo la toman como panacea que alivia la indigestión, añadiré que Eugenio era escritor. Sentóse con toda comodidad y puso con más frecuencia los pies en el morrillo del hogar que en la caja forrada de lana que le servía para mantenerlos calientes. ¡Oh! ¡Es tan delicioso tener los pies sobre la barra bruñida que une y sujeta á los dos monstruos mitológicos del cenicero cuando se piensa, poco después de salir del lecho, y arropado en la bata, cuando se piensa digo, en nuestros amores, que no saben ustedes cómo lamenta no tener querida, ni bata, ni chimenea. Cuando posea tales riquezas, no contaré mis observaciones, sino que me aprovecharé de ellas.

La primera carta que escribió Eugenio quedó lista en un cuarto de hora: doblóla, la metió en el sobre y la dejó al alcance de la mano sin escribir la dirección. La segunda, empezada á las once, no terminó hasta mediodía. Quedaron escritas las cuatro planas.

—Esta mujer me bulle en el cerebro—murmuró pensando la segunda epístola, que también dejó junta con la otra, pensando poner las señas, más tarde, cuando acabara de soñar.

Cruzó las dos faldetas de su bata rameada, apoyó

sus pies en un taburete, metióse las manos en los bolsillos del pantalón encarnado y se recostó en una poltrona con cojines, que entre el asiento y el respaldo describía un delicioso y cómodo ángulo de ciento veinte grados. Olvidóse de apurar su taza de té, y permaneció quieto, inmóvil, con los ojos fijos en la mano dorada que remataba su badila, sin ver ni distinguir badila, ni dorado, ni mano. Tampoco atizó el fuego. ¡Gran falta, imperdonable! Pues ¿acaso hay goce más vivo y agradable que remover las brasas cuando se sueña con las mujeres? Nuestra imaginación presta su lenguaje á las llamas azules que se destacan de pronto en el aire y parecen charlotear en la chimenea, interpretando la expresión fuerte y brusca de un *bourguignon*.

Detengámonos y expliquemos á quienes lo ignoran cómo interpreta esta palabra un etimologista muy versado que guarda escrupulosamente el anónimo. Es *bourguignon* nombre popular y simbólico que se usó, desde el reinado de Carlos VI, á esas detonaciones estrepitosas del carbón que lanza sobre la alfombra ó sobre los vestidos chispas que pueden producir el incendio. Salta del fuego, según versión de las gentes, una burbuja de aire llevada por algún gusano al corazón de la madera. *Inde amor, inde burgundus*. Todos tiemblan viendo rodar como una avalancha el carbón que se había colocado cuidadosamente entre dos tizonas encendidos. ¡Oh! atizar la lumbre cuando se ama ¿no es lo mismo que ir desenvolviendo materialmente el pensamiento que brota en lo más íntimo?

En el instante que acabo de describir penetré hasta la habitación de Eugenio, quien me dijo, sin poder disimular su sorpresa:

—¡Hola, querido Horacio! ¿Desde cuándo estás ahí?

—Ahora llego.

—¡Ah!

Cogió las dos cartas, escribió las direcciones y llamó al ayuda de cámara.

—Lleva esto á su destino.

José salió sin permitirse observación alguna: ¡excelente criado!

Nos pusimos á hablar de la expedición Morée, donde

deseaba yo que me empleasen como médico. Eugenio procuró convencerme de que no me convenía salir de París, y luego el coloquio versó sobre materias tan distintas y tan sin importancia, que no ha de suponerse, según imagino, mala voluntad si corto en esto el diálogo.

A las dos de aquella tarde, hora en que la marquesa de Listomere saltó del lecho, Carolina, su camarera, le entregó una carta que leyó mientras la peinaba. (Imprudencia que cometen muchas jóvenes).

Mi querido ángel de amor, tesoro de mi vida, cifra de mi felicidad... Tentada estuvo la marquesa leyendo estas frases de arrojar el escrito al fuego, pero le trastornó haciendo de las suyas, el cerebro un capricho que se explicará perfectamente la mujer más virtuosa, y fue la curiosidad de saber cómo diablos acabaría expresándose quien empezaba á hablar en tono tan subido. Leyó. Cuando dobló la cuarta carilla dejó caer los brazos como rendida por el cansancio.

—¡A ver, Carolina! entérese usted de quién ha traído esta carta.

—Señora, me la ha entregado el ayuda de cámara del señor barón de Rastignac.

Pausa larga.

—¿Va á vestirse la señora?

—No.

Y para sí pensó la marquesa:

—¡Preciso es que se pase de impertinente!

Ruego á todas las damas que pongan el comentario que se les ocurra.

La señora de Listomere puso punto al suyo resolviéndose formalmente á poner de patitas en la calle al caballerito Eugenio, y si le encontraba fuera de su casa á anonadarle, no con una de sus muecas desdeñosas, sino con demostración más grave; pues la insolencia del mozalbete rayaba en lo absurdo, y era tal que no podía compararse á todos los atrevimientos de los galanes, á quienes perdonaba al fin. Al pronto pensó en conservar la prueba, pero pensándolo bien

la echó á la lumbre para que la consumiesen las llamas.

—La señora acaba de recibir una declaración amorosa muy notable y la ha leído de cabo á rabo—dijo Carolina al ama de llaves.

—¡Cómo! Jamás habría creído tal cosa—respondió la vieja haciendo visajes que reflejaban su admiración.

Por la noche fué la marquesa á casa del marqués de Beauseant, donde presumía que pudiera hallarse Rastignac. Era un sábado. El de Beauseant era pariente lejano del barón y era casi seguro que no faltase el joven á la reunión; pero la de Listomere le esperó inútilmente hasta las dos de la madrugada, con el vano propósito de humillarle, haciéndole objeto de su frialdad. El talento de Stendalh ha tenido la rara ocurrencia de bautizar con el nombre de *crystalización* la tarea fatigosa en que se empleó el pensamiento de la marquesa antes de la velada, durante la velada y después de la velada.

Cuatro días más tarde reñía Eugenio á su criado.

—¿Cómo es eso, José? ¡Vas á obligarme á que te des-pida, muchacho!

—¡Manda usted, señor?

—No cometes más que torpezas. ¿Dónde has dejado las cartas que te entregué el viernes?

José quedó en actitud estúpida. Semejante á la imagen más vulgar de cualquier pórtico de catedral, mantúvose inmóvil, completamente abstraído por el laborioso empeño de su imaginación. De pronto sonrió como un bestia y dijo:

—Era una para la marquesa de Listomere, calle de Santo Domingo, y para el abogado del señor la otra...

—¡Estás cierto de lo que dices?

Turbóse José, y yo, que casualmente presenciaba la escena, creí oportuno mezclarme en la disputa.

—José tiene razón.—Eugenio volvió la cabeza hacia mí.—Leí las direcciones, te aseguro que involuntariamente, y...

—Y—dijo Eugenio interrumpiéndome—¿no era una de las cartas para la señora de Nucingen?

—¡Y qué demonio había de ir dirigida para ella! Tanto, que supuse, querido, que tu corazón había

dado una voltereta plantándose desde la calle de San Lázaro á la de Santo Domingo.

Dióse Eugenio una palmada en la frente y sonrió. José no sacó en claro otra deducción luminosa sino que no tenía culpa.

Y he aquí ahora las moralejas que deben meditar los jóvenes. *Primera falta:* parecióle chistoso á Eugenio excitar la risa de la señora de Listomere por la equivocación que había llevado á sus manos una misiva amorosa que no era para ella. *Segunda falta:* no fué á su casa hasta cuatro días después de la aventura, dejando tiempo para que se *crystalizasen* los pensamientos de una mujer virtuosa. Habría que anotar una decena de faltas sobre las que van expuestas, pero juzgo conveniente pasarlas en silencio, para que las damas gocen explicándolas exprofeso, á los que no tengan magín para deducirlas. Cuando llegó Eugenio á la puerta del palacio de la marquesa, detúvole el portero advirtiéndole que la señora había salido, y ya iba á meterse en el coche, á punto que el marqués, saltando del suyo, le gritó:

—Eh, Eugenio, sígame usted; mi mujer está arriba.

Perdónese al marqués. Por bueno que sea un marido, difícilmente alcanza la conveniente perfección. Subiendo la escalera echó de ver Rastignac las diez faltas de lógica restantes que contenía este capítulo del hermoso libro de su existencia. No pudo evitar la señora de Listomere el sonrojo que le coloreó la faz viendo que Eugenio acompañaba á su marido. El barón se fijó en aquel cambio. Si el hombre más modesto no puede quedar libre en absoluto de la fatuidad, del mismo modo que no hay mujer que se halle á salvo de los ataques de la coquetería, ¿quién se atreverá á echar en cara á Eugenio que pensase en aquel punto: «¡Diablo! ¿También esta fortaleza?» Aunque raramente se encuentra entre los jóvenes el feo vicio de la avaricia, no hay uno á quien no le complazca archivar un busto más en su medallón.

El señor de Listomere se apoderó de la *Gaceta de Francia*, que vió en un rincón de la chimenea y se refugió junto al hueco de un ventanal para formar, por supuesto con ayuda del periodista que hablase de ello,

su opinión acerca del estado del país. La mujer más gazmoña del mundo, no permanece turbada mucho tiempo, por muy difícil que sea la situación en que se halle; no parece sino que tiene siempre al alcance de la mano la hoja de parra que le ha legado nuestra madre Eva. Tan verdad es lo que digo, que al saludar Eugenio con aire de inteligencia medianamente fingido, todo porque interpretaba en beneficio de su vanidad la consigna dada en la puerta, la de Listomere supo velar sus ideas con una de esas sonrisas femeniles más impenetrables que no lo es la palabra de un rey.

—¿Está usted indispuesta, señora? Ya he visto que ha prohibido usted la entrada.

—No, señor.

—¿Iba usted á salir, pues?

—Tampoco.

—¿Esperaba usted á alguno?

—No, á nadie.

—Si mi visita es indiscreta, culpe usted al marqués. Yo me conformaba con la orden misteriosa, y él mismo me ha introducido en el santuario.

—El señor de Listomere ignoraba... No es prudente enterar al marido de todos nuestros secretos...

El acento firme y dulce á la vez que la marquesa imprimió á sus palabras y la mirada imponente que le dirigió hicieron comprender al barón que se había apresurado mucho á encastillarse en su amor propio.

—Ya comprendo, señora—contestó riendo,—y me felicito doblemente de haber encontrado al marqués, porque me proporciona coyuntura de daros una explicación en extremo peligrosa si no fuera usted la bondad misma.

La marquesa contempló á Rastignac con aire admirado; pero repuso con dignidad:

—Caballero, la mejor manera de excusarse será no hablar de ello. Prometo el olvido más absoluto, perdón que á duras penas merece usted.

—Señora—interrumpió con viveza el joven,—es inútil perdonar cuando no existe ofensa.—Y en voz baja:—La carta que ha recibido y que habrá juzgado inconveniente, no era para usted.

La marquesa no pudo reprimir una sonrisa, empeñándose en mantener su enfado.

—¿Por qué miente?—replicó ella con aire desdenoso y burlón, pero con voz dulce.—Puesto que ya le he reñido á usted, de buena gana me reiré pensando en el ardid de que usted se vale y que no deja de tener su astucia. Conozco á muchas mujeres que se enamorarían. «¡Dios mío, cómo debe amar!» dirían.

La de Listomere se echó á reír con risa forzada y añadió con acento de indulgencia:

—Si hemos de continuar amigos, no quiero volver á ser objeto de errores de intención acerca de los cuales no puedo equivocarme.

—Pues se equivoca, señora; se lo juro por mi honor—respondió vivamente Eugenio.

—Pero ¿de qué diablos hablan ustedes?—preguntó el señor de Listomere, quien hacía un instante que se empeñaba en enterarse de la conversación sin lograrlo.

—Es cosa que no te interesa—respondió su mujer.

El marqués volvió á su interrumpida lectura, exclamando:

—La señora de Mortsaufr ha muerto. Tu pobre hermano estaría sin duda en *Clochegourde*.

Volviéndose la marquesa hacia Eugenio, le dijo:

—¿Sabe usted que acaba de decir una impertinencia?

—Si no conociera yo cuán severas son sus ideas de usted—replicó él con toda ingenuidad,—creería ó que trata usted de inspirarme pensamientos que me esfuerzo en rechazar, ó de hacerme confesar mi secreto. Es posible también que desee usted divertirse á mi costa.

La marquesa sonrió, y su sonrisa impacientó á Eugenio.

—¿Se empeña usted, señora, en seguir creyendo que existe un agravio que no he querido cometer? Pues conste que deseo con toda mi alma que la casualidad no le haga descubrir por esos salones á la persona que debía leer la carta...

—¡Cómo! ¿á que salimos con que también anda en este juego la señora de Nucingen?—dijo la señora de Listomere sintiendo más ganas de saber el secreto.

por casualidad, que no de vengarse de las burlas del joven.

El rubor encendió la cara á Eugenio: es preciso haber pasado de los veinticinco para no avergonzarse oyendo que se nos reprocha la estupidez de encastillarnos en una fidelidad que las mujeres satirizan para que no se les descubra cómo envidian á la que posee tal tesoro. Esto no obstante, Eugenio preguntó con admirable sangre fría:

—¿Y por qué no, señora?

Véase cuántas faltas se cometen á los veinticinco años.

La confianza produjo una conmoción violentísima en el espíritu de la dama; pero Eugenio no sabía analizar aún el rostro de la mujer mirándolo de una ojeada ó de perfil. Sólo se había oscurecido el carmín de los labios de la Listomere, quien llamó á un criado para que echase leña al fuego. Rastignac se puso de pie para despedirse.

—Si así es—dijo la marquesa deteniendo al joven y mostrando un ceño frío y correcto,—creo que no me explicará usted fácilmente, caballero, por qué casualidad inesperada se ha podido encontrar mi nombre en los puntos de su pluma. No se encuentra una dirección en el casco de un sombrero del vecino que puede uno coger distraídamente al salir del baile.

Desconcertado Eugenio, miró á la marquesa con aire tan fatuo como tonto; sintió que rayaba en lo ridículo, balbuceó una frase propia de colegial y salió. Algunos días después adquirió la señora de Listomere pruebas incontestables de la veracidad de Eugenio. Hace diez y seis días que no va á ningún lado.

El marqués dice á todos cuantos le preguntan el motivo:

—Mi mujer padece una gastritis.

Yo que la cuido y que conozco su secreto, sé que sólo sufre una crisis nerviosa pasajera, la cual le sirve de pretexto para no salir de casa.